

Muchos emprenden hechos hazafiosos,
Y se ofrecen con ánimo á la muerte,
De fama y vanagloria codiciosos
Que no saben sufrir un golpe fuerte,
Mostrándose constantes y animosos
Hasta que ven ya declinar su suerte,
Faltándoles valor y esfuerzo á una,
Roto el crédito frágil de fortuna.

Este, el decreto y la fatal sentencia
En contra de su patria declarada,
Turbó y redujo á nueva diferencia,
Y al fin bastó á que fuese revocada;
Hizo á fortuna y hados resistencia,
Forzó su voluntad determinada,
Y contrastó el furor del vitorioso
Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado,
Y el desigual combate mas revuelto,
Cuando Caupolicano reportado
A las amigas voces habia vuelto:
También habian sus gentes reparado
Con vergonzoso ardor en ira envuelto,
De ver que un solo mozo resistia
A lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Animos, de repente inadvertidos,
O cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos del honor forzados;

Así los araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten,
Y las rendidas armas esgrimiendo,
A voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro alli derriba á Painagnala,
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala
Dejándole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fué al derecho,
Pues quedó por de dentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
Tanto que nunca mas fué conocido,
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado
Y hanse el uno y el otro acometido;
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano
Haciendo el araucano el golpe en vano

Pasa recio Valdivia y va furioso,
Que con Ongolmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton, mozo animoso,
Estaba en una gran pendencia viene,
Que contra Juan de Lamas y Reinoso
Solo su parte y opinion mantiene,
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
Parte acudió del araucano bando
Que en su ayuda y defensa se metia:
Fuése el daño y destrozo renovando,
De un cabo y de otro gente concurría,
Sube el alto rumor á las estrellas
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria desta guerra,
Lleno el aire de estruendo sonoro,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quién busca y solo quiere un fin honroso,
Quién á los brazos con el otro cierra,
Y por darse mas presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
El tenerse en la lucha por maestro;
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol no menos diestro,
Y en aquella sazón Purén, su hermano,
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida
Por do la muerte entró y salió la vida.

Andrés de Villaroel, ya enflaquecipo
Por la falta de sangre derramada,
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada;
También Juan de las Peñas mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puso junto dél; y así la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
Del número infiel al bautizado,
Es el un escuadron innumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya la incierta fortuna variable,
Que dudosa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad y dió por justa
La causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados,
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados
El sangriento destrozo acrecentaban,
Derramando mas sangre, y esforzados
En la muerte tambien acompañaban
A la española gente no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la mas parte;
Los otros aunque ven su fin tan cierto
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el impetu bárbaro creciendo
Con el ya declarado fin presente:
Fuése el número flaco reuniendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo que acaso allí venia,
Y viendo así su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañía,
Dijo: «Pues pelear es escusado
Procuremos vivir por otra via.»
Pica en esto al caballo á toda prisa
Tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes jabalis, fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastros
De la campestre sangre codiciosos,
Y salen en su alcance los lijeros
Lebreles irlandeses generosos;
Con no menor codicia y piés livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan
Cual el turbion que granizando viene:
En fin, á poco trecho les alcanzan,
Que un paso cenagoso les detiene;
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
Por valiente el postrero no se tiene;
Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolicán, gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente;
Valdivia, como misero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del conrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido,
A quien él respetaba por ser viejo,
Le dice: «Por dar crédito á un rendido
¿Quieres perder tal tiempo y aparejo?»
Y apuntando á Valdivia en el cerebro
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
Con fuerte amarra al palo está bramando,
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando,
Y el diestro carnicero ejercitado
El grave y duro mazo levantando,
Recio al cogote cóncavo desciende
Y muerto estremeciéndose le tiende;

Así el determinado viejo cano,
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño
Ayudándose de una y otra mano
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caída
Estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolicán dello enojado
Quiso enmendar el libre desacato;
Pero fué del ejército rogado:
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fué acabado;
Que no escapó cristiano desta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:
De allí vieron el fin de la reñida
Guerra, y puestos en salvo lo dijeron;
Que como las estrellas se mostraron
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La oscura noche en esto se subía
A mas andar á la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubría
El orbe y redondez del ancho suelo,
Cuando la vencedora compañía,
Arrimadas las armas sin recelo,
Danzas en anchos cercos ordenaban
Donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
Por todo el araucano regimiento,
Y antes que el sol se fuese descubriendo
El campo se cubrió de bastimento:
Gran multitud de gente concurriendo
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mujeres
Participes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban
Y alegres sus cantares repetían,
Un sitio de altos árboles cercaban
Que una espaciosa plaza contenían,
Y en ellos las cabezas empalaban
Que de españoles cuerpos dividían:
Los troncos de su rama despojados
Eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
Cercado de una amena y gran floresta,
En memoria y honor del vencimiento
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino así aumentó el atrevimiento,
Que España en gran peligro estaba puesta:
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimienta levantado.

Era allí la opinion generalmente
Que sin tardar, doblando las jornadas,
Partiese un grueso número de gente
A dar en las ciudades descuidadas,
Que tomadas de salto y de repente
Serían con solo el miedo arruinadas,
Y la patria en su honor restituida
No dejando cristiano con la vida.

Y dando orden bastante y esto hecho,
Para acabar de ejecutar su saña,
Con gran poder y ejército de hecho
Querían pasar la vuelta de la España:
Pensándola poner en tanto estrecho
Por fuerza de armas, puestos en campaña,
Que fuesen cultivadas las iberas
Tierras de las naciones extranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende
El vano intento y quiere desviarlo,
Que como diestro y sabio otro pretende
Y por mejor camino enderezarlo:
El tiempo espera y la sazón atiende
Que estén mejor dispuestos á tratarlo;
La fiesta era acabada y borrachera,
Cuando á todos les habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo
La dulce libertad tan estimada,
Ni que sea nuestra patria yo defendiendo
En el sublime trono restaurada;
Mas hase de atender á que pudiendo
Ganar, no se aventure perder nada;
Y así, con este celo y fin procuro
No poner en peligro lo seguro.

»Tomad con discrecion los pareceres
Que van á la razón mas arrimados,
Pues cobrar vuestros hijos y mujeres
Está en ir los principios acertados:
Vuestra fama, el honor, tierra y haberes
A punto están de ser recuperados;
Que el tiempo, que es el padre del consejo,
En las manos nos pone el aparejo.

»A Valdivia y los suyos habeis muerto
Y una importante plaza destruido,
Venir á la venganza será cierto
Luego que en las ciudades sea sabido;
Demos al enemigo el paso abierto:
Esto asegura mas nuestro partido;
Vengan, vengan con furia á rienda suelta,
Que difícil será después la vuelta.

»La vitoria tenemos en las manos,
Y pasos en la tierra mil seguros
De ciénagas, lagunas y pantanos,
Espesos montes, ásperos y duros:
Mejor pelean aquí los araucanos,
Españoles mejor dentro en sus muros:
Cualquier hombre en su casa acometido
Es mas sabio, mas fuerte y atrevido.

»Esto os vengo á decir, porque se entienda
Cuánto con mas seguro acertaremos,
Para poder tomar la justa enmienda,
Que en sitios escogidos esperemos:
Donde no habrá en el mundo quien defienda
La razón y derecho que tenemos;
Cuando temor tuviesen de buscarnos
A sus casas iremos á alojarnos.»

Con atención de todos escuchada
Fué la oración que el general hacía,
Siendo de los mas dellos aprobada,
Por ver que á su remedio convenía;
La gente ya del todo sosegada,
Caupolicán al joven se volvía
Por quien fué la vitoria, ya perdida,
Con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor le tenía asido
Con la siniestra de la diestra mano,
Diciéndole: «¡Oh varón, que has estendido
El claro nombre y límite araucana!
Por tí ha sido el estado redimido,
Tú le sacaste del poder tirano,
A tí solo se debe esta vitoria
Digna de premio y de inmortal memoria.

»Ya, señores, pues es tan manifiesto
(Esto dijo volviéndose al senado)
El punto en que Lautaro nos ha puesto
(Que así el valiente mozo era llamado)
Yo por remuneralle en algo desto
Con vuestra autoridad que me habeis dado
Por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
Le hago capitán y mi teniente.

»Con la gente de guerra que escogiere,
Pues que ya de sus obras sois testigos,
En el sitio que mas le pareciere
Se ponga á recibir los enemigos,
Adonde hasta que vengan los espere,
Porque yo con la resta y mis amigos
Ocuparé la entrada de Elicura,
Aguardando la misma coyuntura.»

Del grato mozo el cargo fué acetado
Con el favor que el general le daba;
Aprobólo el comun aficionado,
Si á alguno le pesó no lo mostraba;
Y por el orden y uso acostumbrado
El gran Caupolicán le trasquilaba,
Dejándole el copete en trenza largo,
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura;
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
Ejercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
Danzas de noche en torno de los fuegos:
Había precios y joyas señaladas,
Que nunca los troyanos ni los griegos,
Cuando los juegos mas continuaron,
Tan ricas y estimadas las sacaron.

Estiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y dellos se eternice la memoria,
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio dará dello la historia;
Pero acabar el canto me parece,
Que á decir tan gran cosa no me atrevo,
Si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

Llegó á Caupolicán estando es esto
Un bárbaro turbado, sin aliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciéndole: «Señor, socorre presto;
Tu campo es roto y cierto el perdimiento;
Que la gente que estaba en la emboscada
Es muerta la mas della y destrozada.»

»Por tierra de Elicura son bajados
Catorce valentísimos guerreros,
De corazas finísimas armados,
Sobre caballos prestos y lijeros;
Por estos solos son desbaratados
Dos escuadrones tuyos de piqueros,
Y visto el gran estrago al improviso,
Partí corriendo á darte dello aviso.»

Caupolicán con muestra no alterada
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Al cabo era imposible que escapase;
Y con la diligencia acostumbrada
Mandó al nuevo teniente que guiase
Con la más presta gente por la vía,
Que luego con el resto le seguía.

Lautaro, en lo aceptar no perezoso
Escogiendo una escuadra suficiente,
Marcha con tanta prisa, codicioso
De ganar opinion entre la gente;
Mas de Marte el estruendo sonoro
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.



CANTO IV

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
No quiero yo decir que á cada paso
Por ella son mil males atajados;
Que si el rebelde Arauco está pujante
Con todos sus vecinos alterados,
Y pasa su furor tan adelante,
Fué por no ser á tiempo castigados:
La llaga que al principio no se cura,
Requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
Cuando de un daño otro mayor se espera,
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera;
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera:
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

TOMO I

Traiga el hierro en la mano la justicia,
Sino segun la gravedad del caso
Y la importancia y fin de la malicia;
Pues vemos claro en el presente paso,
Que al cabo corrompida de avaricia
Dió á la maldad lugar que se arraigase,
Y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
Que se entrega al primero movimiento,
Que por ser justiciero es inhumano,
Y por alcanzar crédito es sangriento;
Y como aquel que con injusta mano,
Sin término, sin causa y fundamento,
Por sola liviandad y vanagloria
Quiere dejar de su maldad memoria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO KULLS"
Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

3111